

De la impotencia a la esperanza; de la rabia a la rebeldía

Javier Elorriaga



Ayer, en la madrugada de 1994, en México se vivía la mentira de una bonanza económica que ahora es sólo un referente lejano para medir lo hondo de la caída. Una supuesta estabilidad política, sostenida sobre el poderío militar y monetario, nos regaló las elecciones más ilegítimas de la historia moderna de este país. Un señor, de nombre Carlos y de apellido Salinas de Gortari, se autoobsequiaba con el título del hombre del año y se reclamaba eterno acreedor de la gratitud de todos los mexicanos. El profetizado “choque de trenes” no ocurría, simple y sencillamente porque en el sistema político mexicano no hay más anden que el del Poder.

Ayer, en la madrugada de 1994, en México los indígenas eran piezas de baja cotización en las caceras que, por diversión, organizaban regularmente gobernadores y caciques; caciques gobernadores y gobernadores caciques. En las tierras chiapanecas del sureste mexicano gobernaba una persona que no había sido electa por los habitantes de estas tierras.

Ayer, en la madrugada de 1994, la llamada “sociedad civil” sufría el desprecio de los políticos en todo el tiempo que no fuera la víspera de un proceso electoral. Las grandes decisiones sobre los destinos de la Nación eran tomadas por un selecto grupo de políticos que, tal vez, algún día se tomarían la molestia de comunicar a los ciudadanos el rumbo que habían ya decidido y pactado.

...En el semidesierto andén de la política mexicana, la pelea es por subirse al único tren. El que tiene por destino el abismo.


PALABRAS DEL EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL EN LA INAUGURACIÓN DEL
FORO ESPECIAL PARA LA REFORMA DEL ESTADO
SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS, CHIAPAS, MÉXICO
30 DE JUNIO DE 1996

en educación, salud, vivienda se fue reduciendo y los servicios públicos privatizando, es decir, encareciendo y alejándose cada vez más de las mayorías. Esta guerra contra la humanidad la han definido los zapatistas como la Cuarta Guerra Mundial y conlleva una política de destrucción/despoblamiento-reconstrucción/reordenamiento:

La concepción teórica que da fundamento a la globalización es lo que nosotros llamamos “neoliberalismo”, una nueva religión que va a permitir que el proceso se lleve a cabo. Con esta Cuarta Guerra Mundial, otra vez, se conquistan territorios, se destruyen enemigos y se administra la conquista de estos territorios.

El problema es qué territorios se conquistan y reorganizan y quién es el enemigo. Puesto que el enemigo anterior ha desaparecido, nosotros decimos que ahora el enemigo es la humanidad. La Cuarta Guerra Mundial está destruyendo a la humanidad en la medida en que la globalización es una universalización del mercado y todo lo humano que se oponga a la lógica del mercado es un enemigo y debe ser destruido. En este sentido todos somos el enemigo a vencer: indígenas, no indígenas, observadores de los derechos humanos, maestros, intelectuales, artistas. Cualquiera que se crea libre y no lo está.

Esta Cuarta Guerra Mundial usa lo que nosotros llamamos “destrucción”. Se destruyen los territorios y se despueblan. A la hora que se hace la guerra, se tiene que destruir el territorio, convertirlo en desierto. No por afán destructivo, sino para reconstruir y reordenar. ¿Cuáles son los principales problemas que enfrenta este mundo unipolar para globalizarse? Los Estados nacionales, las resistencias, las culturas, las formas de relación de cada nación, lo que las hace diferentes. ¿Cómo es posible que la aldea sea global y que todo el mundo sea igual si hay tantas diferencias? Cuando decimos que es necesario destruir los Estados nacionales y desertificarlos no quiere decir acabar con la gente, sino con las formas de ser de la gente. Después de destruir hay que reconstruir. Reconstruir los territorios y darles otro lugar. El lugar que determinen las leyes del mercado; he aquí lo que está marcando la globalización (Subcomandante Insurgente Marcos, *Entre el satélite y el microscopio*, noviembre 1999).



Con el inicio de la década de los ochenta del siglo XX, el capitalismo inicia una nueva etapa de globalización, causa y efecto a la vez, del colapso del entonces llamado campo socialista. El capital no sólo tiene entonces libre acceso a decenas de países y sus mercados, a millones de seres humanos y recursos naturales, sino también a liberarse de las ataduras que en cuestiones laborales y sociales le había impuesto, en los propios países capitalistas, la existencia de otro sistema económico-político, como lo era el ‘socialismo realmente existente’. Así, el sistema capitalista estuvo libre para expresar en toda su extensión lo que es su esencia: explotación, despojo, violencia, racismo, concentración de la riqueza, miseria para la mayoría de la humanidad.

Como en siglos anteriores, se abrían las fronteras para las prácticas más descarnadas de despojo a escala global y, en todos lados, se imponía un retroceso en las condiciones laborales y sociales. Las conquistas logradas por los trabajadores se fueron yendo a pique; los campesinos fueron despojados de tierras, aguas, bosques; los países perdieron el control sobre sus recursos naturales; el gasto público

Entonces, esta embestida contra el bien común en beneficio de una minoría, liderada por un puñado de grandes empresas trasnacionales, mismas que, se ha llegado a calcular, controlan el 40% de todo lo que se produce a nivel mundial, este despojo y violencia mundial, condujo a un cambio también en la forma en que funcionaban los Estados nacionales. Ante el empuje del gran capital, éstos se van volviendo, cada vez más, simples administradores cuya principal tarea es garantizar la inversión de capital y asegurar que los flujos de capital no sean obstaculizados por nadie. Cuando los mecanismos más sutiles de control y dominación de la mayoría (elecciones controladas, partidos políticos que sólo se diferencian por sus colores pero no por su práctica real, Iglesia, líderes sindicales y sociales corruptos, medios de comunicación) ya no les alcanzan, no dudan un instante en utilizar la violencia directa (ejército, policía, jueces, leyes).



Nuestro país, bajo el control económico del capital trasnacional y un Estado a su servicio, no podía dejar de sufrir los embates y consecuencias de esta guerra mundial del capital, en su etapa neoliberal, contra los pueblos del mundo. Desde finales de los ochenta, comenzaron a sufrirse localmente estas tendencias mundiales en todos los espacios de la vida económica y social, sin que las formas tradicionales de organización social y laboral pudieran hacer nada para impedirlo.

Algunos ejemplos del despojo son: la contrarreforma agraria salinista con los cambios al artículo 27 constitucional y el despojo de las tierras a pequeños propietarios, ejidos y comunidades indígenas; el fin del crédito para los pequeños productores, la privatización de las agroindustrias de fertilizantes, bodegas nacionales, el fin de los precios de garantía; la privatización de la industria petroquímica; la reprivatización de la banca, quedando ésta en manos extranjeras, además, con el Fobaproa y el Ipab, convirtiendo la deuda privada de un puñado de banqueros sinvergüenzas en deuda pública; la pulverización de los contratos colectivos y por consiguiente el deterioro general de las condiciones de trabajo y las prestaciones de los trabajadores, incluyendo las pensiones; la reducción del gasto real en educación, salud y vivienda; la privatización y el despojo de tierras, bosques y aguas que antes controlaban y cuidaban las comunidades indígenas; la apropiación en manos privadas del petróleo (los contratos con compañías privadas no se dan sólo en la industria petroquímica, sino inclusive para sacar el petróleo del subsuelo), gas, de la producción de electricidad e inclusive del agua y su distribución en las ciudades; la mayor concentración en manos privadas de las telecomunicaciones y los medios de difusión informativa.

El golpe fue devastador, pues, y no sólo en el terreno de lo económico sino también en lo político, social y hasta lo ideológico. El derrumbe del campo socialista y la incorporación de millones de seres humanos a la explotación directa del capital, fue un duro golpe para la teoría de la lucha anticapitalista.



De repente, a los partidos que se autodenominaban de izquierda se les había muerto la esperanza de otro mundo posible más allá del capitalismo. Por todos lados, el mensaje de los grandes medios de comunicación y de los ideólogos del capital era el mismo: había que pararse en la realidad y luchar dentro de las reglas y los límites que el capital establecía. A lo más que se podía llegar, decían los más “audaces”, era a “limar las aristas más filosas del neoliberalismo”, que sería algo parecido a combatir los efectos de la pobreza, pero sin posibilidad de combatir las verdaderas causas que la generan. La caída del muro de Berlín era el suceso más celebrado y transmitido, a la vez que se ocultaba el levantamiento y fortalecimiento de otros muros más cercanos y locales; muros que nos separaban cada vez más de una vida digna, justa y libre.

La pérdida de conquistas en el ámbito social, conquistas logradas después de grandes luchas a lo largo del siglo, fue un golpe devastador para los luchadores sociales. La fragmentación que creaba la guerra de despojo llevó también a una fragmentación en la lucha social: cada quien luchaba ahora por separado para no terminar de perder las pocas conquistas que aún quedaban. Era difícil hacer otra cosa ante un enemigo tan fuerte y que además no se presentaba, casi nunca, de frente.

En una gran empresa de capital extranjero que había acabado con el contrato colectivo y subcontrataba trabajos a otras empresas dentro del mismo espacio productivo, por poner un ejemplo, ya ni siquiera se podía hacer una lucha de todos los trabajadores contra el mismo patrón. Los que se encargaban de la limpieza tenían uno, los que operaban las máquinas tenían otro, los que trabajaban en la oficinas ni siquiera planta tenían.

Además siempre estaba la amenaza de que, si la lucha por mejores condiciones laborales y salariales se daba, la fábrica cerraría en cualquier momento y que los verdaderos dueños, que a saber en qué parte del mundo evadían impuestos por sus ganancias globales, volverían a abrirla en otro lado donde pudieran pagar aún menos salarios y en donde los trabajadores les causarían menos problemas.

El mensaje para quien no se rendía, quien no se corrompía o no se dejaba cooptar, incluso a pesar de que todo a su alrededor fuera un panorama desolador, era claro: la represión directa. Cerca de 300 asesinatos políticos durante el sexenio de Salinas, la mayoría de militantes de base del PRD, no dejaban lugar



a dudas de cuál era el destino para quien se rebelara; aunque su rebelión no fuera más allá de la exigencia del cumplimiento de la ley. Y mientras los militantes eran asesinados, las dirigencias elaboraban teorías sobre el arte de la política de luchar por lo posible, no lo deseable; de aliarse con los enemigos ideológicos bajo la idea del mal menor en contra del mal mayor que significaba, según ellos, el priísmo; se rendían y acomodaban, pues.

Los gobernantes estaban felices, sus planes gerenciales para el beneficio del gran capital no tenían oposición real. Entre todas las privatizaciones y las conquistas arrebatadas a los trabajadores y la sociedad en general, habían logrado obtener la cereza del pastel, un tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá; tratado que legalizaba, de una vez por todas, la sumisión del país frente a los intereses económicos de las grandes empresas trasnacionales. No por nada repetían en los foros internacionales, donde eran aplaudidos sus oficios por sus verdaderos patrones del gran capital, que había priísmo por lo menos para 70 años más. No por nada Salinas se mofaba de la oposición política institucional con su frase de “Ni los veo ni los oigo”. Se habían robado las elecciones presidenciales en 1988 y no se veía ninguna duda de que no pudieran controlar las que estaban en puerta en 1994.

Todo era felicidad, pues, para los criados del gran capital en la Nochevieja de 1993: el 1º de enero entraría en vigor el Tratado de Libre Comercio; el neoliberalismo, a nivel mundial, era amo y señor; a la oposición institucional que jugaba bajo sus propias reglas ni la veían ni la oían y millones de mexicanos tampoco eran vistos ni oídos por la arrogancia y soberbia del Poder. Y tras que amanece el 1º y, junto con el amanecer, viene la noticia de que miles de indígenas chiapanecos que se organizaban en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional se habían levantado en armas y decían “¡Ya basta!”. Bolas.

Los políticos del partido gobernante dejaron las copas de champagne y telefonaron a las fuerzas represivas para que pusieran orden de inmediato. En una de las comisarías en San Cristóbal de las Casas, cuentan los zapatistas que quien contestó el teléfono fue el propio Subcomandante Marcos quien, horas antes, la había tomado con sus tropas insurgentes. Los editoriales de los periódicos hablaron de fuerzas oscuras que, por supuesto, manipulaban a los indígenas para un interés político propio. De “profesionales de la violencia”, como seguramente les indicaron desde la secretaría de Gobernación que debían de nombrar a los zapatistas, no los bajaban la mayoría de articulistas y editorialistas. Los partidos políticos dijeron que era una provocación para cerrarles incluso más el campo electoral; como si le hiciera falta al poder andar montando provocaciones. Entre los más cínicos, Talamantes del Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, ¡uf!, se propuso para ser el candidato presidencial del EZLN, si los dirigentes y las bases lo aceptaban dijo, faltaría más. El candidato presidencial del PAN, Diego Fernández de Cevallos “lamentó que por la gran ignorancia en que los gobiernos han mantenido a grupos numerosos de indígenas, éstos sean presa fácil de la manipulación de falsos redentores”.

Los sesudos analistas del campo izquierdo de la política dijeron que era impensable una rebelión armada cuando la historia reciente había demostrado que el capitalismo era invencible y que las causas justas de los indígenas necesitaban de una verdadera dirección política de clase, no de una vanguardia milenarista como la que se veía que tenían. Un funcionario de la oficina de Washington para América Latina declaró, mientras seguramente pensaba cómo aprovecharse de la situación para doblegar aún más al gobierno mexicano: “Esto es un despertador... esto cambia todo; la percepción de México como país moderno y estable se ha destrozado, y esa fue la visión que el gobierno de Salinas vendió para convencer a la gente de apoyar el TLC.” El millonario gringo Rockefeller no se desesperó; seguramente después de checar sus

balances de inversiones en el país, afirmó: “Chiapas nunca ha sido prioridad para la inversión extranjera. Todo parece indicar que el conflicto fue orquestado por gente que busca dificultar la inversión y la puesta en marcha del TLC.” El Poder y sus lacayitos se vieron al espejo y con base en eso trataron de explicarse lo que estaba pasando. Por supuesto no entendieron nada.

Los millones no vistos y oídos... se harían ver y oír en los días y meses posteriores.

Y aunque usted no lo crea, y nadie del Poder y sus alrededores entonces lo creyera, la sangre derramada por los que se habían rebelado, a pesar de que todo en el país y en el mundo les hubiera dicho que no había futuro en rebelarse, logró que la historia de este país tomara otro rumbo que el que ya le habían trazado, por lo menos para 70 años más, según decían, una minoría de asesinos y sinvergüenzas. Y no sólo eso: el viento de la esperanza y la certeza de que aún se podía pelear contra el capitalismo recorrió el mundo.

No tenemos espacio aquí para hablar de cómo aquel 1º de enero zapatista alentó un renacer de la lucha popular no partidista y de sus formas de expresarse en varias partes del mundo; pero ningún analista político honesto puede dejar de reconocer que a finales del siglo XX, en una época en que la revolución ya sólo parecía un tema para las clases de historia, en México se dio lo que el escritor Carlos Fuentes, quien no se distingue precisamente por su militancia desde el campo izquierdop de la política, llamó “la primera revolución del siglo XXI”.

Una nueva esperanza renació aquella madrugada. Sí, ya sé que la esperanza no es un término científico para explicar la realidad e intentar entender la historia reciente, pero esas imágenes que lograron colarse en los noticieros televisivos, en las ondas de los programas radiofónicos de los días 1 y 2 de enero, antes de que el gobierno medio se recuperara del pasmo y los dueños de las empresas llegaran de sus vacaciones a poner orden de nuevo en lo que sus empleados transmitían; esas imágenes y palabras, digo, jamás se nos olvidarán a los que las vimos y oímos.

Una generación crecía dentro de un entorno que los especialistas denominaban “crisis económica” y que la gente del pueblo conocía, simple y tristemente, como miseria y falta de posibilidades para vivir dignamente; mientras que sus padres veían cómo todas las cosas por las que ellos mismos y sus propios padres habían luchado y soñado se les iban arrebatando sin que pudieran hacer nada. Y de repente, como salidos de la nada, de esa nada en la que el país se empeñaba en tratar de mantener a las comunidades indígenas, por los siglos de los siglos, miles de indígenas se pusieron hasta adelante y dijeron: “¡Ya basta! Somos mexicanos, somos zapatistas.” Como aquéllos que también le gritaron “¡Ya basta!” a Porfirio Díaz y a quienes le siguieron en el Poder; como aquéllos que siguieron a Hidalgo y demás jefes insurgentes y con sus vidas cambiaron la historia entonces. Sí, volvimos a tener esperanza y con la esperanza regresaron la voz y el ánimo para luchar.

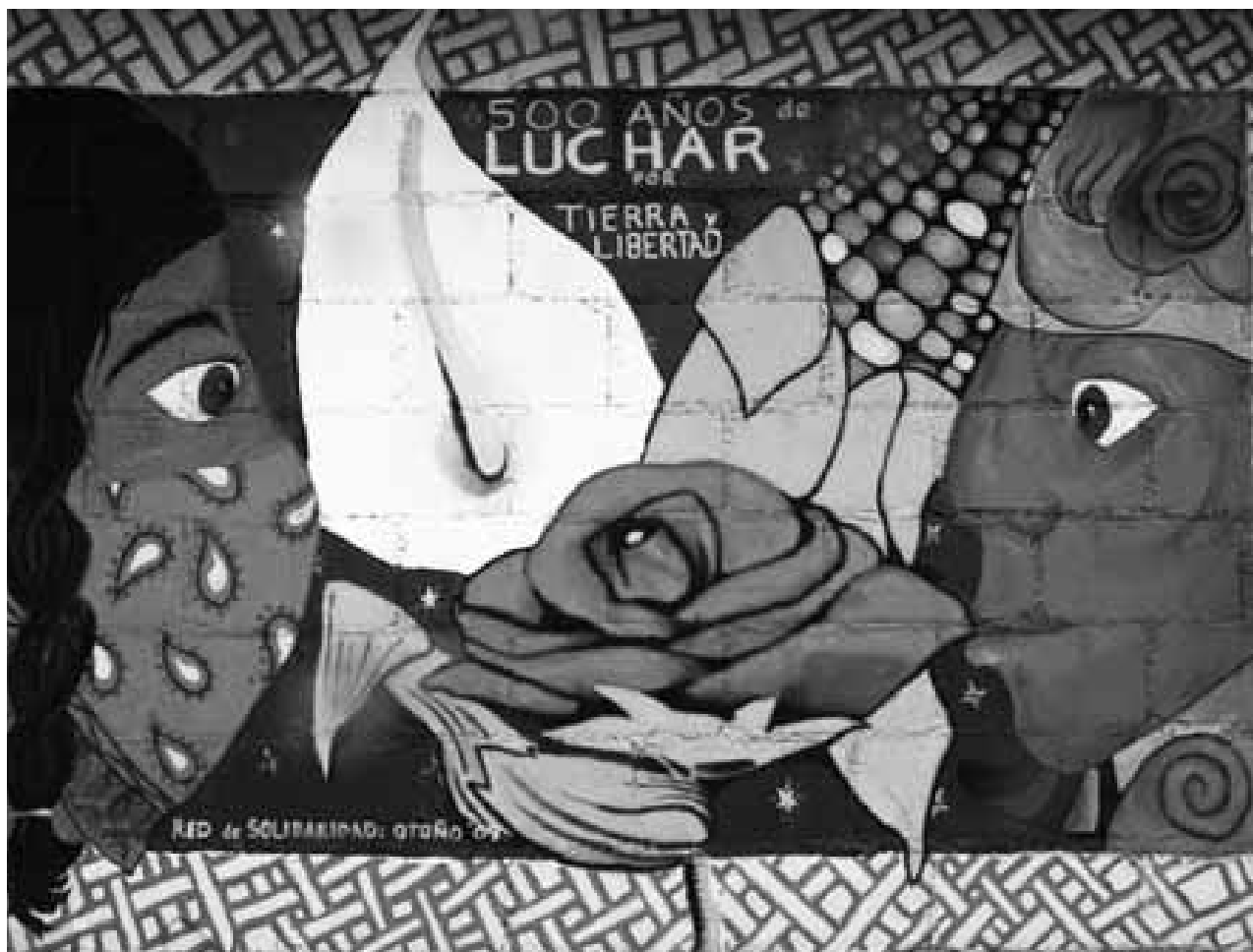
Y los días pasaron y ahí siguieron los zapatistas; a pesar de los miles de soldados federales que les echaron encima, de los bombardeos con aviones y ametrallamiento desde helicópteros, ahí siguieron los zapatistas; y a pesar de las mentiras y calumnias de la mayoría de los medios de comunicación, en las calles la gente comenzó a ponerse, en voz alta, del lado de los zapatistas y entonces el que calló el 11 de enero fue el poderoso secretario de Gobernación que meses antes era gobernador de Chiapas; y las voces de apoyo siguieron subiendo. El 6 de enero, 139 intelectuales y artistas publicaron un manifiesto exigiendo a los militares el cese de bombardeos sobre zonas densamente pobladas por civiles y por el respeto a los derechos humanos. Ese día también hubieron manifestaciones pidiendo el fin de la represión por parte de maestros normalistas, del Sindicato de Trabajadores de la Salud, de estudiantes, de organizaciones del movimiento urbano del DF; y hubo un plantón en Chihuahua en apoyo a los indígenas del sureste que comenzaba a demostrar que la distancia entre el norte y el sur del país sólo estaba en las inversiones del gran capital.

El día 8, una caravana por la paz se atrevió a llegar hasta los retenes de los federales en Chiapas, buscando romper el cerco militar. Se dice rápido, pero no hay que olvidar que los federales ya habían ametrallado transportes con civiles, deteniendo y torturando a más de 100 personas que nada tenían que ver con las filas de combatientes zapatistas. Y el día 12, cientos de miles marcharon en el DF exigiendo al gobierno el cese de hostilidades. Decenas de manifestaciones y protestas también se llevaron a cabo durante esos días en otros países de América y Europa, exigiendo al gobierno mexicano el fin de la guerra. Fue tanta la presión pública que, el que era ciego y sordo ante todo aquél que no se inclinara ante él, Salinas, no tuvo de otra más que decretar una tregua y ordenar a los federales que cesaran los ataques. El poderoso ya no era tan poderoso.

Y el sistema político que se vaticinaba, por lo menos, para otros 70 años en el Poder, comenzaba a hacerse agua desde su interior. El candidato nombrado por el dedo presidencial, veía que le empezaban a mover el tapete los otros precandidatos que habían sido obligados a callar. Dos meses después, en marzo, el mismo Poder lo asesinaría cuando dejó de estar tan claro que podría ser plenamente controlable. Se dice fácil, pero desde los años veinte el Poder no había tenido que recurrir al asesinato de los suyos para zanjar sus diferencias políticas. Una cosa es asesinar a la oposición y otra a tu propio candidato presidencial. Sí, ya sabemos que los órganos del Estado encargados de investigar los crímenes dicen que el asesino fue un loco solitario. Nadie les creyó.

El colapso del sistema de partido de Estado había comenzado. Recuérdelo, este colapso no se debió a los partidos llamados de oposición. El golpe inicial y todo lo que se desató a partir de entonces, lo asestó el “¡Ya basta!” de los indígenas zapatistas la madrugada del 1º de enero de 1994.

Pero sigamos con nuestra rápida mirada a la historia reciente que, hoy en día, resulta tan importante para el futuro cercano, ya que hay tantos que vuelven a la soberbia salinista del “ni los veo, ni los oigo” y nos tratan de contar una historia en la que ellos, la clase política, incluyendo a sus



dizque intelectuales y analistas, son los únicos protagonistas. Pero sigamos, sigamos.

Desde el propio partido en el Poder se iban rompiendo los pactos no escritos que habían logrado mantener en funcionamiento al Estado mexicano y la circulación interna del mando. La fuerza de la figura presidencial como mando supremo del poder estatal había sido tocada y los dos partidos importantes de oposición al partido gobernante volvieron a agarrar aire. Mientras tanto, nuevos actores influenciados y motivados por el discurso y la práctica zapatista, aparecieron con fuerza en la escena política nacional: indígenas, estudiantes y académicos, organizaciones no gubernamentales, colonos, colectivos de homosexuales, lesbianas y transgéneros, feministas, jóvenes, todos aquéllos que no eran buscados por los políticos profesionales más que como clientela en épocas electorales. En la historia moderna del país no se había visto algo así.

El discurso zapatista pulverizó al gastado discurso tradicional de la política mexicana y su práctica no fue para menos. Ahí estaba una fuerza política con más autoridad moral que cualquiera de los partidos políticos existentes y lo que más calaba entre la gente era que los zapatistas no intentaban capitalizar esa fuerza para ellos mismos, sino que la ponían al servicio del cambio democrático en el país. Así como fue de contundente el “¡Ya basta!” por los hechos que respaldaban a estas dos palabras, igual fueron de contundentes el “Para todos todo, nada para nosotros” y el “Mandar obedeciendo” de los zapatistas. Cuando lo normal en la política era buscar negociar con el gobierno, poniendo en primer lugar las demandas propias, desde las primeras mesas de diálogo, los zapatistas demostraron que ellos sabían perfectamente que las demandas a cumplir tendrían que ser para todos los mexicanos.



Por eso el gobierno mexicano les ofrecía hospitales, escuelas, mayor presupuesto y hasta cargos políticos dentro de las regiones que, desde entonces, ya controlaban ellos mismos y los zapatistas respondían, además de preguntándole a todos los miembros de sus comunidades, con la demanda de libertad, democracia, justicia y paz para todos los mexicanos al mismo tiempo que convocaban a la sociedad entera, estuviera o no organizada en algún colectivo, partido, organización, iglesia, club, sindicato, a juntarse para dialogar y decidir qué seguía.

El zapatismo no volvió a disparar un solo tiro desde el 12 de enero, excepto por los que tuvo que hacer en defensa propia cuando Zedillo traicionó el proceso de paz y atacó abiertamente a las comunidades. El zapatismo se dedicó a lanzar y respaldar directamente todo tipo de iniciativas en las que la gente llevaba el peso principal: encuentros, consultas, viajes de delegados zapatistas, foros, mesas redondas; una actividad política a nivel nacional incesante, siempre construyéndola con los de

abajo y pintando su raya ante el Poder y sus prácticas de cooptación y corrupción. El mensaje era claro: para cambiar a este país había que salirse de las reglas y las prácticas del sistema político mexicano.

No así lo hicieron los políticos tradicionales y la clase política en general, entre la cual no se encuentran solamente los miembros de los partidos y sus legisladores y funcionarios públicos, sino también la mayoría de las dirigencias sindicales, campesinas y urbanas; los articulistas y dizque intelectuales que se encargan de dar una visión del mundo que no brinda la posibilidad de un cambio real. Todos éstos entendieron el fin del sistema de partido único de Estado como lo único importante para una transición a la democracia; sintieron que podrían capitalizar eso para su propio beneficio sin necesidad de cambios económicos y sociales más profundos y se dedicaron, en serio, a parecerse y actuar exactamente igual unos a otros.

El zapatismo le había dado un golpe mortal al invencible partido de Estado, al PRI, pero éste, a pesar de todo, había logrado una victoria dentro del sistema político: no sólo varios de sus cuadros se cambiaron de partido sin ningún pudor y se vistieron de azul o amarillo para seguir manteniendo sus privilegios y para poder ser candidatos a puestos públicos, dirigencias estatales o nacionales, legislaturas locales y federales y hasta direcciones ideológicas ahora de la “oposición”; sino que la forma de gobernar de éste mismo fue perfectamente asimilada y seguida por los demás partidos.

Por eso, seis años después, en el 2000, el PAN logró sentarse en la silla presidencial, recogiendo electoralmente el hartazgo popular ante el PRI, pero siguiendo con sus mismas formas de gobernar, alejándose cada vez más de la sociedad. El PAN llegó a Los Pinos y además consiguió, al igual que el PRD, varias gubernaturas, presidencias municipales y un mayor número de legisladores estatales y federales. Desde esos puestos públicos que ocuparon, en muchas ocasiones, con políticos fugados de las mismas filas priístas, nadie varió un centímetro

las políticas económicas y sociales ni las formas de gobernar de sus antecesores priístas y no hablo sólo del PAN, que era lógico que actuara así, sino también del PRD quien tiene una enorme responsabilidad histórica en ayudar a prolongar la agonía del sistema político mexicano, en lugar de ponerse al lado del pueblo para rematarlo.

En todos los lugares donde este partido político decía gobernar, se veía cómo cooptaba y corrompía, cuando no reprimía, a las dirigencias de movimientos como el urbano, por poner el doloroso ejemplo de lo que pasó en la ciudad de México. Es la política de lo posible, del mal menor, repetían, mientras llenaban de policías las calles y perseguían cualquier disidencia ciudadana; mientras lanzaban campañas de desprestigio en los medios de comunicación contra todo aquél que no pensara como ellos; mientras seguían con las privatizaciones en la generación de la energía eléctrica; con el desalojo de espacios urbanos para entregárselos al gran capital (como sucedió con el centro histórico de la ciudad de México); con las prácticas tradicionales de acarreo, clientelismo y corrupción, como las de cualquier gobierno priísta que se respetara a sí mismo; siguieron, pues, con la política local de destrucción/despoblamiento-reconstrucción/reordenamiento que el neoliberalismo promueve a nivel global.

Rápido, muy rápido, los partidos políticos mostraron, en la práctica, que no habían aprendido nada del 1º de enero del 94 y empezaron a adecuarse a la derrota del sistema de partido de Estado convirtiéndose en un sistema de partidos de Estado con, fundamentalmente, tres partidos que se reparten los puestos públicos y aplican, todos, las mismas políticas. A eso lo llamaron transición democrática. Ja.

Esto se vio claramente en el 2000, cuando el zapatismo, al iniciar una nueva jornada de lucha por los derechos de los pueblos indios, dio una última oportunidad a la clase política para que demostrara si en verdad podía contribuir seriamente a los cambios que exigía la mayoría o si todavía seguía más interesada en continuar con la tradición política de hacer como que

todo cambiaba para que todo siguiera igual. Una delegación de zapatistas salió del sureste mexicano hacia la capital del país en lo que se conoció como la “Marcha del Color de la Tierra”. Esto era para dejar claro que había un reclamo popular para que se hicieran los cambios constitucionales necesarios para dar a los indígenas un lugar digno, al menos desde la legalidad del Poder, ya que en la conciencia popular y en la historia reciente no había dudas del papel que ellos habían jugado.

La respuesta desde el Poder no dejó lugar a dudas: todos los partidos políticos, es decir, el Poder Legislativo en pleno, se alió al Poder Ejecutivo y juntos decidieron que ni siquiera en el papel pensaban efectuar cambio significativo alguno. Los derechos indígenas fueron negados, dejando así claro que este país ya no podía esperar ningún cambio que viniera de arriba. Meses después, la Suprema Corte de la Nación, es decir, el Poder Judicial, se sumó a los otros dos poderes para ratificar la sentencia de muerte al cambio desde la clase política.



Parecía que nada había cambiado. La clase política se desinteresó de nueva cuenta del asunto de los derechos de los pueblos indios, se metió de lleno a preparar las próximas elecciones y volvieron a actuar desde la lógica salinista del “ni los veo, ni los oigo”, manteniendo activas, sin embargo, a sus fuerzas represivas oficiales y paramilitares contra cualquiera que demostrara que seguía creyendo en un cambio profundo. La izquierda bien portada, aquella que juega con las reglas del Poder; la que ayudaba a que el sistema de partidos de Estado siguiera respirando; aquella izquierda que desde el 94 mostró sus mezquindades al querer aprovechar del levantamiento zapatista para ocupar puestos públicos se convenció a sí misma de que el camino abierto en el 94 ya estaba cerrado y nos trató de convencer a los demás de que aspirar al Poder y conquistarlo, siguiendo las reglas de arriba, era la única posibilidad real para la actividad política, aunque hubiera demostrado que cuando ocupaba puestos públicos no había ningún cambio para la mayoría.

El continuo golpeteo político a toda forma de organización política o social independiente; la fragmentación creada por la política de destrucción de cualquier vínculo social; las políticas económicas que generalizan cada vez más la pobreza, la explotación, el despojo, el racismo y hacen que cada quien vea por sí mismo para sobrevivir alejaron a la mayoría de la posibilidad de un frente común contra quienes promovían la guerra de exterminio desde arriba.

El zapatismo lo entendió de inmediato y profundizó un proceso que había empezado a construir años antes: la autonomía, en los hechos, de las comunidades indígenas zapatistas en sus territorios, sin pedirle permiso a nadie y basándose en sus propias fuerzas. En los hechos, volvían a demostrarle a México y al mundo que otro mundo era posible si se estaba decidido a pelearlo y construirlo. El mandar obedeciendo y otra forma de relacionarse socialmente, no basada en la explotación de unos sobre otros sino en



el bien común, es ya una realidad para miles de comunidades. Se dice fácil. Piense en un solo ejemplo, fuera de las comunidades indígenas zapatistas, donde se pueda comprobar lo mismo. Y sin embargo los de arriba nos dicen que esto no existe; que la moda zapatista ha pasado; que sí tuvo sus buenos momentos pero que no los supo capitalizar; que las cosas han vuelto a su cauce normal, a la lucha política como siempre ha sido y será. Los más cínicos se atreven a decir que de todas formas, aunque no hubiera existido el zapatismo, el sistema hubiera cambiado. Así nomás, porque ellos lo dicen desde su mundo pequeño, cobijados por sus medios de comunicación, reduciendo lo que es a lo que quisieran que fuera.

Desde entonces y hasta ahora, con la autoridad moral que da una práctica consecuente de hacer lo que se dice, los zapatistas dejaron claro que nada se podía esperar de la clase política, de ninguna de sus partes, y pintaron claramente lo que ahora solamente los cínicos, o quienes están dentro de la injusta repartición del botín que siguen siendo los cargos públicos, quieren negar: el sistema está podrido, sea que se pinte de tricolor, de azul o de amarillo y negro. Pero no se trata sólo de los partidos políticos o de quienes reciben cheques por sus servicios editoriales y “teóricos”: todas las instancias del poder público están podridas, ya no hay quien se salve ahí dentro.

No solamente los políticos muestran su corrupción y falta de escrúpulos y, por lo mismo, su incapacidad para gobernar un día sí y al otro también sino que el descrédito es generalizado. Lo mismo podemos esperar del policía corrupto de la esquina que del gobernador ligado al narcotráfico; del obispo que exhibe sin pudor la inmensa riqueza en la que vive mientras defiende a curas pederastas, que del juez de la Suprema Corte, eso sí, todo serio y lleno de palabrería legaloide, quien cobija lo mismo a un gobernador protector de pederastas que a otro asesino y encarcelador de campesinos, o a otros funcionarios públicos responsables de la muerte de 49 niños quemados en una guardería; del retén de soldados que dispara contra una

familia y mata a sus dos niños que del locutor de noticias que le da espacio a los propios militares para que expliquen con mentiras que no fueron ellos los que dispararon. Lo mismo podemos esperar de todos ellos: violencia, extorsión, burla, cinismo.

Sin ir más lejos, pues, el sistema político mexicano de partidos de Estado no tiene salvación. Su clase política ya no puede gobernar porque ni siquiera puede llegar a acuerdos internos; lo que pactan un día, lo traicionan al otro. A quien insultan un día, lo nombran su candidato al siguiente. Cada uno de ellos siente el fin cerca, (¿o usted cree que alguno piense en mantenerse en el gobierno por 70 años?) y actúa en consecuencia, como le enseñó el sistema que tanto defienden: ve qué puede sacar para sí mismo, de la forma que sea. Ya ni siquiera controlan el territorio nacional, éste se ha fragmentado en mil pedazos, donde un nuevo poder, el del narcotráfico, decide quién ocupa o no los puestos públicos y cuenta con un ejército igual de poderoso que el supuesto ejército federal. Y ojo, en muchos lados, cuenta con mayor reconocimiento por parte de la población local que la clase política. Y la economía sigue siendo una pesadilla para la mayoría, a pesar de los cínicos discursos que desde el mal gobierno y sus instituciones nos recetan a todas horas. No hace falta ser economista para ver que esos datos sobre crecimiento, mayor empleo y demás linduras no son ciertos. Hace falta salir a la calle de la colonia y ver a nuestros vecinos, tan empobrecidos como nosotros.

Seguir volteando para arriba, de verdad no tiene ningún caso. Cuando vemos cómo se concreta lo que este sistema político significa para nuestro pueblo, nos encontramos con las noticias de, por lo menos, medio centenar de asesinatos cada día. En la mayoría de ellos vemos que atrás está la corrupción y la ineficiencia del Poder que han llevado a nuestro país a esta guerra civil no aceptada oficialmente. Es encontrarse con que, de nueva cuenta, los jueces apoyaron a los culpables y los inocentes continúan presos o mascando su rabia y su dolor.

Cada vez más, estos inocentes que claman por justicia son madres cuyos hijos les fueron arrebatados por la corrupción, la ineficacia o la violencia que ejerce el sistema político. Es encontrarse con que cada vez más conocidos están sin trabajo o les han reducido sus salarios y prestaciones. Es constatar, pues, que las canalladas que nos vienen desde arriba no tienen un fin próximo y visible.

En medio de este panorama, el calendario nos dice que el año es el 2010; un año un poco más jodido que el pasado. Pero éstos que salen en la tele, en los periódicos, en las radios y sólo se acercan a nuestras colonias cada vez que se aproximan las elecciones nos dicen que el año bueno es el 2012, porque de nuevo habrá elecciones para elegir al mero preciso que traerá la felicidad. Chale.

Pero también abajo podemos encontrar a compañeros y compañeras que luchan, y que no han dejado de luchar, por tratar de encontrar a otros que también se esfuerzan por ser rebeldes. A otros que no quitamos la vista de las comunidades zapatistas y a quienes nos refuerza que otro mundo ya está siendo posible ahí. Un mundo donde el mandar obedeciendo es una realidad; donde el sistema básico de salud y educación funciona para todos parejo; donde no hay drogadicción ni prostitución ni trata de menores ni policías y ocupantes de puestos públicos corruptos por definición; un mundo asediado por la violencia gubernamental y con enormes necesidades materiales, pero con una dignidad y una seguridad en un futuro mejor para todos que no tiene lugar a dudas.

El calendario nos dice que es el 2010, el año 16 desde que se hizo público el “¡Ya basta!” que cambió a este país. Un año más dentro de

este largo caminar por no dejarnos arrebatarse la historia y el destino que nos merecemos, siempre y cuando sigamos caminando. Un año tan bueno como cualquier otro para seguir luchando. Órale.

Tal vez dirán que hago trampa y me baso en los sentimientos para inducir una realidad. No, me baso en la esperanza (no en la fe, ojo); en esa esperanza que volvió a nacer en el 94 y nos ha demostrado, con hechos, que otro mundo es posible, sólo que para construirlo tenemos que aprender a no olvidar y a confiar en nosotros mismos; en nadie más. Insisto, voltee a su alrededor,



no hacen falta muchos estudios para saber lo que está pasando y para entender que las cosas no pueden mejorar si esperamos que los que nos han llevado hasta donde estamos sean los que traigan el cambio.

¿De verdad hay que tener muchos estudios para entender que mientras ellos sigan no hay futuro para nosotros? ¿De verdad podemos creerles que la pobreza es solamente que unos cuantos políticos dejaron que unos cuantos empresarios se volvieran más ricos, por lo que, cambiando a unos y poniendo a otros a ocupar los puestos públicos, cosa que de por sí ya ha pasado, viviremos mejor? Están podridos, sí; pero todos ellos: tanto los que mandan como los que quieren mandar y para llegar a hacerlo siguen pensando que el sistema aún tiene salvación y juegan bajo las mismas reglas; las únicas que conocen y quieren conocer.

Están podridos, pero siguen viviendo muy bien a costa nuestra. No sólo no dan de más, de por sí tampoco quieren dar de más. Su sistema fue tocado de muerte en el 94. Ya va siendo tiempo de demostrarles que no cumplieron, que no pueden cumplir, de echarlos a un lado; no de cantar un corito infame a un país que les quedó grande, formados en línea, haciendo el saludo fascista, como muestran sus comerciales.

Pero no podemos esperar a que la rabia y el dolor que nos rodean, por sí mismas, sean el motor del cambio. Para que la rabia fructifique se tiene que convertir en rebeldía. Y ésa se camina día a día, en colectivo, de manera consciente, desde abajo y a la izquierda. Se busca hablándonos con quienes son iguales que nosotros, compartiéndonos nuestra esperanza, que tiene ya hondos raíces en nuestro presente.

Vuelva a ver para arriba: se creían invencibles en el 93, se creen invencibles ahorita, pero nos dicen que esperemos hasta el 2012, quién sabe para qué, si para entonces seguirán siendo los mismos que son ahora. ¿No será que el 2010 es buen año para darle al sistema otra empujadita en su sangriento trastabillar hacia su disolución total?

.....

¿Hasta cuándo seguirán los zapatistas? ¿Hasta dónde?

¿Hasta cuándo nos vamos a cansar de lanzar iniciativas de paz con democracia, libertad y justicia?

¿Hasta cuándo nos vamos a cansar de luchar?

¿Hasta cuándo vamos a seguir resistiendo el proceso digestivo que el Poder opera sobre todo el espectro político?

¿Hasta cuándo vamos a dejar de provocarle trastornos estomacales al Poder?

¿Hasta cuándo vamos a dejar de levantar la esperanza como bandera, la dignidad como guía, el amor como arma y la alegría como futuro?

Y, finalmente, ¿hasta cuándo vamos los zapatistas a dejar de ser zapatistas?

Contra lo que pueda pensarse, nuestra respuesta no es hasta la muerte o la victoria. Tiene plazo y meta perfectamente definidos: seguiremos luchando por democracia, libertad y justicia, seguiremos siendo zapatistas hasta ese momento que ya se adivina allá a lo lejos: el punto donde se unen los rieles de la vida, de la lucha, del sueño que encontró en las montañas del sureste mexicano el ropaje fértil que hoy comparten miles en todo México, en América, en el Mundo. Democracia, libertad, justicia. Nosotros estamos dispuestos a llegar hasta el final. Bienvenidos todos aquéllos que tengan el mismo anhelo e idéntica terquedad.

Seguiremos luchando porque... como el Viejo Antonio, como el hermano, creemos que hasta para cometer errores hay que trabajar duro y mirar siempre hacia el mañana. Ni para equivocarnos debemos detenernos. Sólo basta entender que, en la lucha, el principio y el fin son una trampa si se buscan separados.

...Esta es nuestra idea. Algunos le llaman necedad. Nosotros la nombramos esperanza...

PALABRAS DEL EJÉRCITO ZAPATISTA DE
LIBERACIÓN NACIONAL EN LA INAUGURACIÓN DEL
FORO ESPECIAL PARA LA REFORMA DEL ESTADO.
SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS,
CHIAPAS, MÉXICO.
30 DE JUNIO DE 1996.

